

de todo, si hay causa santa, causa que despierte en el ánimo algo del religioso respeto que inspiran los nombres de Salamina, de Platea, de Zaragoza, es el nombre sagrado de Italia independiente, y el nombre de Garibaldi, jefe de la revolución italiana. ¿En virtud de qué se iban á oponer al reconocimiento del reino de Italia? ¿En virtud de las preocupaciones de la facción carlista? Fueron vencidas en los campos de Vergara, y vencidas para siempre. ¡Ah! no, en virtud también de las pretensiones de D. Cándido Nocedal, este espejo ustorio del catolicismo en España.

El Sr. Nocedal declamó largamente con su natural facilidad contra el reconocimiento del reino de Italia. Según el Sr. Nocedal, el reino de Italia es una cosa inverosímil é imposible, porque no ha sido nunca. Entonces el cristianismo hubiera sido inverosímil é imposible antes del siglo primero, porque no había sido nunca. España una hubiera sido imposible en el siglo décimo-sexto, porque no había sido posible por espacio de ocho siglos. Además, decía el Sr. Nocedal, la idea de la unidad de Italia es nueva. ¡Nueva! Cuando se dicen tales cosas; cuando se olvida al Dante y á Petrarca; cuando se desconoce el movimiento de veinte siglos, no hay discusión posible.

¿Qué castigo tan tremendo sufrió! El señor conde de San Luis, el mismo señor conde de San Luis que era la impopularidad mayor del partido moderado después de la impopularidad de Narvaez y de González Brabo; el señor conde de San Luis se vió aplaudido porque hería al Sr. Nocedal. Bien es verdad que éste le dijo que en cinco años el señor conde de San Luis había estado olvidado de sí mismo. Era de ver la lucha entre dos moderados. Se repetía la fábula de los dos perros que se comieron y se devoraron mutuamente.

El Sr. Nocedal, habilísimo táctico parlamentario, se dirigió á los individuos de la antigua mayoría, echándoles en cara que, habiendo primero sostenido la política semi-autoritaria de Narvaez, sostenían enton-

ces la política semi-revolucionaria de O'Donnell.

Después de esta acre censura comenzaron los individuos de la antigua mayoría, aludidos por el Sr. Nocedal, á decir por qué habían votado, ó por qué no habían votado, dando un espectáculo que inspiraba materialmente asco al estómago. ¿Qué justificación quedaba á la antigua mayoría? ¿A qué justificación era dado aspirar? Después de haber votado con el ministerio Narvaez, después de haber rechazado la reforma electoral, después de haber tenido empeñada una batalla con los vicalvaristas, iban á votar uno tras otro, conversos de un día, todo lo que habían combatido. Los Ochoas, los Coronas, los amigos más íntimos del anterior ministerio, los que le precipitaran por el despeñadero, á cuyo término se encontraba el abismo de impopularidad que se lo ha tragado; esos mismos eran cortesanos de su heredero. ¿Qué decir después de esto? El partido moderado había muerto. Ocho meses había estado en el poder, y cada día había tenido un tropiezo, y cada día había tenido una angustia. La conciencia sublevada, la opinión herida; todas las fuerzas vivas del país, sublevadas contra aquel ministerio, decían bien claramente que su política era entonces imposible. Una nueva idea se verifica en una nueva organización. Los partidos conservadores habían muerto. La libertad, la libertad bajaba cada día más sobre este país. Los antiguos ídolos se caían. La libertad brillaba.

A pesar de los refuerzos recibidos de la mayoría de Narvaez, el gobierno temblaba ante palacio. Dos pretensiones tenía que eran verdaderamente audaces, dadas las preocupaciones de la Reina. Era la una que se apartase de la dirección religiosa del Príncipe heredero al padre Puente, que había protestado con energía contra el reconocimiento del reino de Italia, y era la otra que se nombrase para ministro en la corte de Víctor Manuel de Saboya al Sr. D. Augusto Ulloa. Las dos pre-

tensiones ocasionaron dos crisis muy profundas, en las cuales amenazaban airados al palacio todos los periódicos adictos al ministerio. Por fin el día 16 de Julio de 1865 pudieron cantar los ministeriales victoria completa, victoria absoluta. El arzobispo de Burgos fué duramente exonerado. El Sr. Ulloa fué aprobado. Hé aquí todas sus victorias; hé aquí todos los resultados de su política. Pero ¿cesó por esto el obstáculo tradicional que aquí tenía toda solución liberal? No, mil veces no. Continuaba vivo, muy vivo, por nuestro mal; y aperebido, muy aperebido á aniquilarnos.

¿Se podía dudar? Para el sencillo hecho de preparar el reconocimiento del reino de Italia, se habían visto en armas todos los elementos teocráticos del país, y excitaciones facciosas para que el absolutismo fuera restaurado por la teocracia, y para la teocracia. Centenares de funcionarios públicos, entre los cuales había uno colocado en elevadísima gerarquía, protestaban airada y demagógicamente contra los propósitos del gobierno, alentados por misteriosos poderes, que ninguna Constitución ha definido, y sólo las revoluciones han sabido tratar dignamente. Y un estado de cosas semejante, no se remediaba con una sesión del Consejo de ministros ni con una medida aislada, sabe Dios á costa de cuántas concesiones obtenida. No se trataba de vencer en una diferencia momentánea con un arzobispo, sino de resolver definitivamente el antagonismo que existía entre la libertad y la reacción, de iniciar una política que no terminase sino en la humillación perpétua y en la extinción de todo elemento reaccionario.

Así los demócratas explicaban de la manera siguiente su actitud respecto al general O'Donnell, actitud que merece detenido estudio, porque determina los hechos anteriores á la revolución.

«El gabinete del general O'Donnell ha merecido de nosotros lo que á ningún gabinete habíamos otorgado; ha merecido una tregua,

breve si se quiere, larga según la cuenta y la impaciencia de nuestro deseo. La tregua ha sido tan clara, tan evidente que ha alcanzado censuras de muchos amigos generosos; epigramas y fuertes ataques de nuestros implacables enemigos. Pero nosotros, seguros del propio criterio, fieles á la santa causa de la democracia, entusiastas sobre todo y antes que todo de las ideas, dimos paz á la mano nunca fatigada en el combate, para que el gobierno español no encontrara los obstáculos de la libertad cuando encontraba los obstáculos de la reacción. Si cien veces nos viéramos en el mismo caso, cien veces observaríamos la misma conducta: que jamás hemos procedido por impaciencia en nuestra vida política, ni sacrificado un átomo de convicción en aras de la popularidad.»

«La corte enemiga, los obispos sublevados, las camarillas amenazadas, los neo-católicos en armas, la ley electoral presentada, el reconocimiento de Italia prometido, la prensa amnistiada, la libertad de pensamiento defendida desde el banco ministerial; los periódicos del gobierno á nuestro lado en la guerra incansable á los obstáculos tradicionales; la responsabilidad criminal de las mantanzas del 10 de Abril exigida; todos estos hechos, cuya importancia no desconocemos, todos han sido la justificación de nuestra conducta, la causa de nuestra reconocida benevolencia. Creíamos nosotros, creíamos con creencia profundísima, que todos estos hechos, que todas estas reformas, que todas estas aspiraciones políticas respondían á un pensamiento que en la oposición nos había juntado, que había movido nuestras plumas cuando conminábamos á los eternos enemigos de la enseñanza libre; que nos inspiraba al unir nuestros nombres al pie de una elocuentísima protesta contra las brutalidades del 10 de Abril; creíamos que la política del gabinete O'Donnell se reduciría á satisfacer esta primera necesidad de nuestra patria, el aniquilamiento de la reacción corte-

sana y teocrática, obstáculo eterno á todas las libertades.»

«Nos hemos engañado: con todo cuanto el general O'Donnell ha hecho, con todo cuanto el general O'Donnell ha intentado, se ha propuesto popularizar á nuestros eternos enemigos; y nosotros, los demócratas, que no podemos consentir este nuevo engaño, nosotros, que no podemos consentir esta nueva metamorfosis de la estúpida reaccion encerrada en el fondo de nuestra política, nosotros nos levantamos de nuevo para decir á los amigos de la libertad, que creen siempre en lo sincero y honrado de nuestros consejos: guerra, guerra al general O'Donnell.»

«Seamos justos. Nos encontramos con un enemigo más poderoso, más inteligente, pero más temible que nuestros últimos enemigos. No es aquí el presidente del Consejo aquel Sila decrépito que sólo creía en la virtud de los esbirros y en el poder de las balas, y recordaba de continuo como un mérito sus ferocidades de 1848; no es el ministro de la Gobernacion aquel tribuno ébrio de pasiones que á un arranque de ira sacrificaba una conveniencia de Estado, no; aquí el presidente del Consejo es un general habilísimo, que por dominarnos ha reprimido sus instintos realistas; y el ministro de la Gobernacion un más hábil sofista todavía, que sabiendo cuánto nos entusiasma el himno de Riego, á nosotros los cándidos liberales, que al oírlo, olvidamos, llenos de efusion generosa, quienes eran los verdugos de Riego, sabiendo esto, lo canta todos los días en todos tonos; nos encontramos con dos enemigos que apelarán al engaño y á la corrupcion, hasta que uno y otro logren desarmarnos de nuestra reconcentrada ira, y uncirnos mansamente al carro de sus ídolos, cuyas ruedas han caminado siempre sobre los cráneos de los liberales. Mirad su hábil táctica. No se trata ya de perseguirnos; se trata de deslumbrarnos para despues perdernos. Porque á decir verdad ¿qué conce-

sion verdadera, qué concesion importante se ha hecho á la libertad? Aparte de la reforma electoral, contra la que se guarda siempre la centralizacion administrativa; aparte de esta reforma que no significa nada, que no vale nada, que no importa nada mientras el gobierno tenga en su mano omnipotente el nombramiento de alcaldes, de guarda-montes, y demás empleados civiles, ninguna de las medidas propuestas se ha realizado, y todas, absolutamente todas, se han desnaturado por la perseverancia de la reaccion, que se baja, sí, más para asestar con mayor seguridad sus golpes.»

«Por lo demás, en todo hemos sido burlados. Pedimos con insistencia la desorganizacion de esa guardia veterana que en la terrible noche del 10 de Abril habia recorrido las calles de Madrid, sedienta de sangre, fusilando á ciudadanos indefensos que se asomaban á los balcones de sus casas, á transeuntes inofensivos que recorrían la poblacion para sus trabajos diarios, á inocentes mujeres, á pobres niños, con una crueldad que no se habia visto desde la terrible noche del Dos de Mayo. ¿Y qué hemos conseguido? NADA.»

«Pedimos que por fin se diera libertad á la imprenta, que se la dejara llegar hasta el fondo de todas las grandes cuestiones, porque la imprenta es la sonda con que los gobiernos modernos conocen los escollos ocultos en las entrañas de la sociedad; que si algo se reprimia se reprimiera solamente la injuria, entregando al pensamiento para espaciarse todos sus dominios, es decir, lo infinito. ¿Y qué hemos conseguido? En el corto tiempo que el ministerio lleva de vida más de diez denuncias fulminadas sobre la prensa independiente.»

«Pedimos que la teocracia fuera humillada, que se le enseñara, merced á un sistema de libertad de pensamiento seguido con perseverancia, su incurable impotencia; ¿y qué se ha hecho? Con las denuncias de los periódicos,

darle una satisfaccion. Con la permanencia de Sor Patrocinio en el convento de San Pascual, probar su omnipotencia, que se extiende hasta burlarse de la córte de Roma.»

«Con la retirada de la carta del Sr. Alonso Martinez, pidiendo la desamortizacion, ceder; con la carta del Sr. Posada Herrera, dando satisfacciones al obispo de Tarazona, caer á sus piés. En este infierno en que hemos caido para aquellas libertades que ofendan al sacerdocio, para la libertad del pensamiento no hay redencion.»

«Pedimos como complemento de toda la política que se debia inaugurar, pedimos que los ministros que en las últimas subastas malbarataron la riqueza nacional, que entraron á mano armada en el templo de la ciencia, como Alarico en Roma; que conculcaron todas las leyes divinas y humanas con aquella terrible matanza de la noche del 10, matanza cuyo recuerdo no se borrará nunca de la memoria, aunque se haya borrado la sangre de la tierra; pedimos que fueran acusados, y vemos que las mismas autoridades oficiales, dependientes del nuevo ministerio, repican las campanas y se disparan cohetes para recibir en sus viajes á los hombres sobre los cuales pesa la tremenda responsabilidad de tantos y tan enormes errores, de tantas y tan terribles iniquidades.»

«Y toda esta política ¿qué viene á significar? Viene á significar que el fondo de la situacion continúa siendo el mismo; que reinan los misterios en ciertas regiones superiores; que el bastion donde la teocracia se refugia está en pié, poblado de todas las aves nocturnas; que no ha cesado un punto la conjuracion tremenda contra la libertad, esa conjuracion que toma todas las formas, que se ciñe todos los ropajes, y queda siendo lo que fué en 1814, y en 1823, y en 1839, y en 1843, y en 1856, la enemiga jurada de nuestra libertad, que allá en el fondo de su conciencia ha jurado aniquilarnos.»

«Hé aquí, pues, la causa permanente de

nuestra oposicion. Subsiste la causa; ha de subsistir por necesidad el efecto. Estamos en abierta y franca oposicion. Con las condiciones fundamentales que tiene el gobierno O'Donnell, nosotros no podemos transigir. Poned en esas condiciones un gobierno de Espartero, y no transigiremos. Poned en esas condiciones un gobierno de Olózaga, y no transigiremos. Poned en esas condiciones, ¿qué os diremos? un gobierno compuesto de los más reputados demócratas, donde entraran Orense, Rivero, Martos, Becerra; pues tampoco transigiríamos, y con nuestra lealtad acostumbrada les diríamos que iban á estrellarse en el eterno obstáculo de la libertad y que no queríamos estrellarnos con ellos. Los ministerios son el fenómeno de la situacion; nosotros combatimos la sustancia, permitidnos estos términos escolásticos. Esta restauracion del general O'Donnell se parece á la restauracion última de Napoleon. *Si licet in parvis exemplis grandibus uti.* Desde Somosaguas á palacio, como si dijéramos, desde la isla de Elba á las Tullerías, el general ha gritado: libertad. Mientras los neo-católicos le amenazan, el general O'Donnell grita: libertad. Pero así que los haya vencido pensará lo que pensaba Napoleon cuando triunfaba en Ligny la vispera de Waterlloo: reprimir á los periodistas y amordazar á los jacobinos. General O'Donnell: no os queda más que caer ó deshonoraros. Si habeis de caer, ¿para qué hemos de caer nosotros con vos? Si habeis de deshonoraros con vuestras complacencias serviles, deshonoraros solo. Nosotros tenemos un númen que no falta, la libertad; y una causa que no sucumbe, la democracia.»

No todos los demócratas pensaban así. Muchos de ellos creían que el gobierno del general O'Donnell, si no merecia el apoyo directo de una aprobacion completa, merecia el apoyo indirecto de un completo abandono de la abstencion electoral. A la cabeza de los que así pensaban, encontrábase á la sazón el

Sr. Rivero fuertemente sostenido y secundado por el Sr. Figueras. Pero los Sres. Orense y Castelar pensaban de distinta suerte. El partido democrático era incompatible con la antigua dinastía; entre su poder y nuestro credo el antagonismo se enconaba á medida que se veía más clara nuestra tendencia republicana. El Sr. Castelar era el más apasionado quizá por la República de todos nuestros hombres políticos. En su concepto el espíritu democrático no podía desarrollarse sino en la forma republicana, como no puede desarrollarse el espíritu humano sino en el humano cuerpo. El Sr. Rivero al revés. Soñaba con llevar la sávia democrática al viejo y carcomido tronco de la monarquía histórica. Su empeño mayor consistía en hacer del partido democrático un partido legal; opinion sustentada con elevacion de pensamiento y fuerza de voluntad. A la abstencion jamás hubiera ido á no haberle llevado la violencia del gobierno. Mas se impacientaba por salir de la abstencion, y creía justificada la lucha legal por la política del gabinete O'Donnell. En efecto, la prévia censura habia caído, y la prensa gozaba de una libertad relativa, aunque fuertemente contrastada por los procesos continuos y las multas abrumadoras. El reino de Italia, á pesar de tantas dificultades, acababa de ser reconocido. El derecho de reunion para todos los ciudadanos, fueran ó no electores, acababa de ser proclamado. El censo aristocrático de cuatrocientos reales acababa de ser reducido á doscientos, á la mitad. Una rígida ley penal castigaba los crímenes electorales. Nuestro retraimiento, decia el Sr. Rivero, se originó en las trabas puestas al derecho electoral y al derecho de reunion; es así que estas trabas se han roto, luego debe cesar el retraimiento.

Pero la juventud republicana habia logrado dar al retraimiento otro sentido; confundirlo con la revolucion, encaminar la revolucion al destronamiento de la dinastía, para deducir luego por lógica real é incontrastable del destronamiento de la dinastía su antiguo ideal,

su adorada República. Si el retraimiento cesaba, si los partidos liberales volvian á la legalidad, si dentro de la legalidad alcanzaban el poder, y á consecuencia de esto se reanudaba la antigua inteligencia entre la dinastía y el partido progresista, representante de la clase media liberal, ¿cuándo vendria el anhelado momento de proclamar la República? Así el Sr. Castelar defendió con ardor, asociándose al Sr. Orense en esta campaña política, que era imposible salir del retraimiento, aun despues de las concesiones del gobierno.

Para nosotros, decian estos dos republicos, la cuestion es tan clara, que no consiente duda. La política más en armonía con nuestros derechos y con nuestros intereses; la política más digna, es la más enérgica, la que nos aparte para siempre de aquellos que han proscrito sistemáticamente al partido liberal del poder, y que han heredado el espíritu reaccionario, eterno obstáculo desde 1814 á nuestra libertad como ciudadanos, y eterna mancha de nuestra honra como españoles. Con solo considerar que ese espíritu reaccionario, encarnado en personas é instituciones que no hay para qué nombrar, subsiste, y subsiste con la idea y la voluntad puestas en nuestro aniquilamiento, se viene á conocer que debe subsistir en toda su integridad, con toda su energía, la política del retraimiento. Salir de ella, es dar fuerza á los que nos vendieron en 1833; á los que nos engañaron en 1854; á los que en 1856 dieron el golpe de Estado, y al levantarse con la dictadura impelieron los partidos liberales á la revolucion.

Y si esta causa generadora de todas las demás, no fuera bastante, solo considerar cuántos resultados ha producido el retraimiento, bastaria para insistir y perseverar en él. Hemos visto en dos años de retraimiento hundidos cuatro ministerios, muertos dos Congresos, desorganizado el corrompido cuerpo electoral, disuelto el partido moderado, revelados á los ojos del país los obstáculos tradicionales á la libertad, unido en un mismo

pensamiento y en una misma conducta al partido liberal, desarmados nuestros enemigos, que recurren á los mismos medios usados despues de una revolucion triunfante, á las falsas concesiones, á los traidores halagos, para desarmarnos. Compárense estos maravillosos resultados con la esterilidad desoladora de los cinco años de oposicion parlamentaria en que las virtudes más firmes, las palabras más elocuentes, los propósitos más enérgicos se estrellaban contra la empedernida reaccion, que respondia á un discurso elocuentísimo con un nuevo amaño, y á una votacion compacta y numerosa con un triunfo en que pretendia contrastar con la fuerza de la ley, siquier fuese ficticia, el vigor y la energía de la opinion siempre vencida y desarmada en el estrecho calabozo que nuestros enemigos llaman Parlamento.

Además, la causa permanente, la causa eterna de la repugnante ficcion que llamamos elecciones en nuestro desdichado país, sin duda alguna es la centralizacion administrativa que pone en manos del poder central los medios todos de falsear la opinion pública. Con gobernadores omnipotentes, con alcaldes nombrados por los gobernadores, con ayuntamientos esclavos, con diputaciones provinciales nulas, con jueces amovibles á voluntad del gobierno, con empleados convertidos en agentes electorales, con guarda-montes, con pósitos, con la administracion toda á merced del gobierno, que ni olvida ni perdona un arranque de enérgica oposicion electoral, salir del retraimiento es tanto como ir á una segura derrota. Y no se arguya con la nueva insuficiente y mezquina reforma electoral; no se arguya con esto, porque la reforma electoral, que nada significa mientras subsista la centralizacion administrativa, y por consiguiente la omnipotencia del gobierno, entrega maquiavélicamente las operaciones todas precursoras de la eleccion, á funcionarios amovibles á voluntad del gobierno, fieles servidores de su política, ciegos instrumentos de

sus amaños. Así no es posible luchar. El cuerpo electoral está corrompido y esclavizado. Por corrompido sirve al que paga, por esclavizado obedece al que manda. Aumentar los electores sin destruir las condiciones políticas y administrativas con que el sufragio se ejerce, no es más que aumentar el número de los esclavos.

El partido liberal ha llegado á una gran madurez, á un gran desarrollo. La fuerza de los hechos; el crecimiento de una generacion educada en la libertad y para la libertad; los progresos de las ideas; el estado del mundo entero; las victorias conseguidas en Europa, y América; el espíritu del siglo, y la opinion pública, le llaman al poder; no para repartir riquezas y honores, como en mal hora hacen nuestros contrarios, sino para realizar todas aquellas reformas que, como el sufragio universal, la abolicion de las quintas, y las matrículas de mar, y los estancos, y los consumos, han de emancipar y enriquecer al pueblo. No debemos contentarnos ya con oposiciones parlamentarias eternas, con discursos que, ora enérgicos, pasan como una tempestad, ora vistosos, como un fuego de artificio; con una propaganda ya extendida, ya concretada, ya definida, sino con la accion, con la accion enérgica y constante para lograr que el pueblo vea nuestras promesas convertidas en hechos, y nuestras ideas realizadas en poderosas instituciones. ¿Qué vamos á conseguir para esto con salir del retraimiento? Exasperar la sed de reformas que tiene el pueblo sin apagarla, y fortalecer las instituciones que nos esclavizan y nos anulan. Los ministerios todos, desde el de Miraflores hasta Arrazola, desde Arrazola hasta Narvaez, han ido buscando en el partido liberal quien desempeñe en el Congreso el ministerio de la oposicion, quien se preste á decir á Europa que en España hay todavía sistema constitucional. Pero ninguno ha podido encontrar este auxilio para la solitaria situacion que se derumba, absolutamente ninguno, y todos ca-